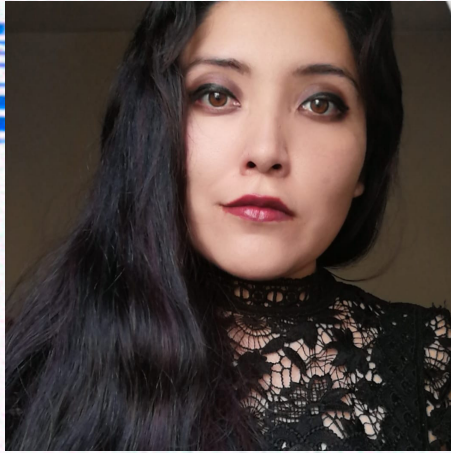




SILVIA YULMANELI MORENO LEÓN (Santa María Zolotepec, 1993). Egresada de la carrera de Filosofía de la UAEM. Publicó *Pizarnik: el frenesí hecho poesía* (editorial Norte/Sur, 2019). Es integrante del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

CLUSTER B

*El espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos,
reconocernos y escribirnos*

**Silvia Yulmaneli
Moreno León**

CLUSTER B





EQUIPO EDITORIAL

DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

DISEÑADOR

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

PORTADA

Sergio Ernesto Ríos

Toska, en su sentido más profundo y doloroso, es una sensación de gran angustia espiritual, a menudo sin una causa específica. En el aspecto menos mórbido es un dolor sordo del alma, un anhelo sin nada que nada haya que anhelar, una añoranza enferma, una vaga inquietud, agonía mental, ansias.

VLADIMIR NABOKOV

Junta tu monstruo dolido con el mío

CAIFANES

QUETIAPINA

Helena toma cada uno de sus medicamentos del día con la secuencia que su médico le dio. Primero se toma el antidepresivo, esperando que tenga los efectos positivos que su psiquiatra le ha dicho, pero después de seis meses no siente gran diferencia en cuanto a la tristeza que siempre ha presentado. Luego viene el ansiolítico, que sirve para que no tenga pensamientos rumiantes sobre el pasado y el futuro. Por último, su favorito, el antipsicótico, la bendita quetiapina, que hace que duerma profundamente toda la noche y la anestesia por la mañana.

Se mueve por el pequeño departamento escuchando su *playlist* favorita; la voz de Morrissey con los Smiths inunda todo. Mientras se baña recuerda las anécdotas que le han contado sobre los suicidios que se han llevado a cabo escuchando a esta banda. Se lava los labios vaginales con agua tibia, y suspira.

Sale del baño y se prepara algo de comer: un pan tostado al comal con mantequilla untada y un poco de azúcar; también toma jugo de arándano. Luego, lava sus dientes, sonríe al espejo, poco le falta para llorar, se siente infeliz y angustiada por el futuro, y no, no hay... Se mira al espejo, observa sus ojos color avellana y piensa en tomar más quetiapina de la prescrita; la saca de su bolsa, casi siempre la lleva consigo por si existe una emergencia como la de aquel día. La última vez que lo hizo,

todo terminó mal, tuvieron que realizarle un lavado de estómago. Deja la caja de quetiapina en el lugar que ocupan sus medicamentos, en el buró que se encuentra pegado a su cama.

“Cierro los ojos y el mundo muere”, recita a Plath y no pasa nada. Es una rutina de viernes, atrás quedaron las noches en que iba a bailar a los bares *under*; hoy, a sus 27 años, edad mortal para algunos, prefiere quedarse en casa a dormir y a tomar jugo de arándano como si fuera alcohol, no porque no disfrutaría más de un vaso de vino, sino porque el cuerpo no se lo permite. No debe. Las hormonas y el cuerpo doblemente enfermo se lo imposibilitan.

Repasa el nombre de las pastillas en distinto orden y en diferentes tonos de voz; quiere gritar pero no puede, no quiere asustar a sus vecinos.

“Mamá tiene razón: soy un desastre”, dice mientras mira el montón de ropa y trastes sucios que tiene en un rincón de su recámara.

“Mamá tiene razón... en casi todo”. Sonríe mientras dibuja un ahorcado en un *post-it*.

Se mete a la cama sin ropa y, con el cabello mojado, recuerda a su hermana diciéndole “no te duermas con el cabello húmedo, porque te saldrá caspa”. “Me vale, me vale, me vale”, susurra. Los ojos se le cierran de sueño.

LOQUERO

Estoy en el Seguro Social esperando mi consulta. El ambiente de la sala de este psiquiátrico no es tétrico como el de otros hospitales especializados en este campo médico.

Dicen mi nombre y paso. El doctor me mira y pregunta que cómo me ha ido con la nueva medicación, a lo que respondo que bien, pero que ahora no siento nada, que laquetiapina ha limpiado el ruido de mi cabeza y que estoy dopada todo el día. Insisto en esto último, esperando que baje un poco la dosis. No hay respuesta. Tengo cita abierta para cualquier eventualidad.

PAROXETINA

Claudia y yo estamos seguras de que un día terminaremos con nuestras vidas, lo presentimos, no tenemos una idea clara de nuestro futuro, es decir, no nos imaginamos viejas ni con paz, este dolor no se aleja. Ella dice que la forma en que terminará con el sufrimiento que la persigue será arrojándose de un edificio o al más puro estilo de Virginia Woolf. Yo le digo que tomaré pastillas; me quedará dormida y ya.

Y no, no hablamos de esto todos los días, solamente a veces, cuando recordamos cómo nos conocimos, cuando, torpemente, yo me acerqué a ella en una fiesta, porque la vi sola en un rincón. No sé por qué no la dejé en paz, eso era lo que quería y yo interrumpí su soledad; pero llamó mi atención, una chica hermosa en un escondrijo. No importa, ahora somos buenas amigas, compartimos medicamentos cuando a una no le alcanza para comprarlos. La paroxetina es barata, pero no es nuestra prioridad tenerla, aunque el no tomarla nos haga regresar al punto donde empezamos, con brotes de pánico y ganas de que el mundo, nuestro mundo, acabe.

Claudia usa una loción riquísima de frambuesa. La usa sobre todo cuando está terriblemente ebria; ese es su aroma, alcohol combinado con frambuesa. Nos reímos de todo cuando está así, para luego llorar porque no comprendemos por qué

a nosotras nos pasó esto, pero pudo haber sido peor, pudimos haber nacido deformes. Nuestra anomalía está en el interior, bien adentro, pocos pueden notarla.

Ramón notó la mía una mañana que nos encontramos para desayunar. Me dijo “muéstrame tus brazos”. Se los enseñé y miró mis cicatrices. Sonrió y comentó que lo sabía, que llevaba tiempo observándome, los cambios de humor, de mirada, de personaje.

Me asustó, quise gritar del miedo de que alguien me estuviera vigilando, pero decidí seguir escuchándolo. Hablamos de cómo adquirimos esta enfermedad, nos burlamos cruelmente, éramos niños hermosos y frágiles, nos rompieron cual muñecos de porcelana y se desarrolló el mal. Apareció primero como una tristeza aguda y un miedo profundo. Luego, al no poder comprender lo que nos habían hecho y para no recordarlo cada noche, aparecieron los remedios que da la mente para calmar este tipo de angustia.

Ramón me conoció en una época extraña de mi vida. Trabajábamos juntos, en una oficina cualquiera, donde por alguna razón no nos hablamos hasta salir de ese lugar, solamente nuestras miradas y sonrisas se cruzaban a la hora de la comida y salida de ese sitio. Ramón también toma paroxetina, pero su problema es más hondo.

CLONAZEPAM

“Esto sabe delicioso”, pienso. El líquido quema mi lengua y mientras eso ocurre mi pulso se vuelve más lento. Pongo otras cuatro gotitas debajo de la lengua para que el efecto sea más rápido y fuerte. En el medicamento busco una sensación placentera más que una reacción tranquilizante.

Ramón coloca cinco gotas en el plato del gato. Dice que es lo correcto, que quiere dormir y que no lo deja con su llanto. Ambos, el gato y yo, tomamos el brebaje para no molestar a nadie con nuestro dolor.

SERTRALINA

Asisto a mi terapia. No me dicen nada nuevo, solamente que procure no pasármela acostada ni siquiera para leer, porque eso podría provocarme depresión a corto plazo. Escucho, pero no atiendo del todo lo que se me dice. Creo que causo problemas, siento que causo problemas, no hago caso de los ejercicios o de como ella, mi terapeuta, les llama, “habilidades”, porque sé que no me servirán para nada, como los ejercicios que el ortopedista me daba para mi pie plano que jamás se recuperó. Todo esfuerzo es en vano.

Espero la nota en mi receta: “la paciente no hace los ejercicios”, como hacía el doctor que revisaba mis pies. Pero no ocurre. Mi psicóloga me despide con una sonrisa y me dice que intente hacer los ejercicios y que si tengo ganas de hacerme daño, la llame.

Nunca la llamo, me da vergüenza molestarla y prefiero meterme una pastilla extra o dos para dormir.

FRAY BERNARDINO ÁLVAREZ

“Será por eso que me trajeron para acá”. Así comenzó el concierto de los Caifanes en el Zócalo de la Ciudad de México el 10 de noviembre de 2017, preámbulo de lo que sería mi vida después de ese concierto. Es curioso cómo una noche te la pasas vitoreando canciones con las que creciste y al otro día te encuentras arrastrándote en medio de la sala del departamento de tu novio, llamando a tu madre entre gritos y golpeándote la cabeza en el suelo, mientras piensas que todas las posibilidades yacen en la coladera. Culpas de todo a tu novio por no quererlo, te culpas a ti por no elegirlo y mientras eso ocurre, las horas pasan como si fueran agua, pero tú no las sientes, no sientes el cambio de la tarde a la noche. Escuchas que tu novio llama a su madre desesperado y le dice: “Ella está muy mal”. Del otro lado le responden: “Fray Bernardino Álvarez”.

PERSONALIDAD CLUSTER B

La oscuridad lo baña todo y en mi cabeza solamente hay neblina. Me preguntan qué hago aquí, y lo mismo yo me pregunto: ¿qué hago aquí?, ¿cómo llegué a este sitio? La madre de Ramón dice que lo mejor de una crisis es que te ayuda a encontrarte; sin embargo, yo me siento más perdida que nunca.

Una médica hermosa pasea con su bata blanca por el pasillo, me mira y parece que sonríe. ¿Será mi imaginación?

Arriba hay un letrero que dice urgencias, pero yo no me interpreto en una. Recuerdo a la hermana de una amiga que se mordió la lengua hasta sangrar para no entrar a este lugar. Miro el suelo, me piden que pase al mostrador de nuevo. Un médico apuesto y joven me atiende, pregunta mi nombre completo y la razón por la que me encuentro aquí. No sé qué responder, y solamente digo: un aborto.

El médico me pide que espere y que pronto me llamarán para consulta. Me siento en una de las bancas de este lugar, mientras van pasando seres excéntricos. Hay una chica que canta una canción religiosa en el fondo de la habitación mientras teje algo. Mi corazón late con fuerza. En este primer encuentro me niego a creer que pudiera tener relación alguna con este mundo.

Me llaman al consultorio. La médica hace una serie de preguntas sobre mis últimas actividades y pensamientos. Todo apunta a suicidio y el diagnóstico final, con fanfarrias imaginarias y ¡bingo!: personalidad Cluster B.

Miro a Ramón culpándolo de todo.

TRASTORNO OBSESIVO COMPULSIVO

Ramón y yo vivíamos en el quinto piso de un conjunto de apartamentos de Tlatelolco. Allí hacíamos nuestra vida, entre canciones de Placebo, sueños rotos y medicamentos psiquiátricos. En ese lugar abundaba la cerveza como el polvo; un gato nos hacía compañía. La suciedad podía considerarse extrema. A veces Ramón tiene problemas con tocar agua, por eso no se baña por meses, hace rituales para todo, excepto para la limpieza, con eso tiene una dificultad, y también con encontrar trabajo; de donde nos conocimos se salió porque no cuadraba con sus horarios de estudio. Pero no importa, está su madre, quien lo mantiene a sus 42 años, y una novia joven, o sea yo, que proveía de la comida diaria. Me mudé con él al segundo día de pasar la noche juntos, ya no quería seguir pagando renta y Ramón parecía ser mi compañero perfecto, y digo parecía, el cuento de hadas se esfumó demasiado pronto.

LITIO

Mientras escucho a Siouxsie and the Banshees y tomo mi litio, un medicamento “antisuicidante”, me acuerdo de ti, Orlando, y de tus labios rosando mi piel. *Starcrossed lovers, on a treacherous night*, todo es un buen recuerdo que recreo una y otra vez en mi cabeza hasta poder hacerlo casi real. Tus brazos cargándome y llevándome a la cama, donde desnudos nos reconocemos de otra forma. Allí estamos ambos, al amparo de cualquier luz pequeña que entrara al cuarto. Nos devorábamos como si tuviéramos el tiempo contado, así eran nuestras visitas nocturnas hasta que llegó la pandemia y tuvimos que regresar cada quien a nuestro lugar de origen, sin poder despedirnos al emprender la huida. Queda el consuelo de que estuvimos juntos el día previo al inicio de la contingencia.

Tomo jugo de arándano como esperando que aquel vacío se llene con un líquido dulce, y tomo mis medicamentos, tal como me dijiste la primera vez que nos separamos: “No dejes de tomarlos”; obedezco. Estas pastillas son para no pensar en las pérdidas y en los sitios donde faltan los rostros que deberían estar. Pero no he contado nuestra historia aún, de cómo nos volvimos amantes, de cómo terminábamos acostados en tu departamento después de que yo inventaba cualquier cosa para librarme de Ramón, de cómo nos mirábamos fijamente

cuando nos encontrábamos y luego nos desvestíamos hasta quedar completamente desnudos. Yo te comía hasta sentir la asfixia y tú casi morías de placer en ese vaivén incesante del cual éramos rehenes. ¿Por qué no te elegí a ti? Siempre me lo preguntaré.

Starcrossed lovers, on a treacherous night... Sharpening the blades of murderous delight. Sin besarnos los labios, reconocíamos nuestro sabor. Al final, nos abrazábamos con fuerza, esperando que el día llegara. Y mírame hoy, aquí consumiendo un medicamento que dice más de ti que de mí, un medicamento que nos une de nuevo y que nos envenena la sangre, pero todo sea por no tener cambios bruscos de temperamento que nos provoca esta insatisfacción de no asir nuestros deseos.

MANIACO DEPRESIVO

Siempre nos encontrábamos a la misma hora en la esquina del metro Sevilla. Orlando me esperaba y caminábamos al hotel más cercano, donde nos desnudábamos con rapidez, uno al otro. Yo bajaba sus pantalones y lamía su miembro, lo introducía en mi boca y lo chupaba hasta sentir que me asfixiaba. Luego él me levantaba, me cargaba y llevaba a la cama para ponerme en cuatro y penetrarme. Y así continuábamos en distintas posiciones hasta quedar impregnados del sudor del otro.

Aquella noche, después del diagnóstico que me dieron, le escribí y me dijo algo que a pesar de la confianza nunca me había mencionado con anterioridad: “Soy maniaco depresivo”, me confesó por teléfono.

Entonces comprendí un poco de su comportamiento. Orlando era bipolar, lo que implicaba que, igual que a mí, le gustaban los riesgos y los excesos; pero mientras yo subía al cielo y me iba al infierno en minutos, esa ida al inframundo suyo podría durar meses.

Orlando jamás volvió a hablar del tema, y yo tampoco pregunté, no porque no tuviera curiosidad, sino porque él era reservado. Uno puede desnudar su cuerpo con facilidad, pero el alma es una cosa distinta.

BORDERLINE

Esta es la historia de mi enfermedad mental, y la de mis amigos y conocidos; está fragmentada, como fragmentados estamos nosotros. Esta es la historia que me cuento en soledad cuando pienso en los lazos que hago y de los que no puedo escapar. La madre de Ramón dice que todos formamos parte de una comunidad, la mía es la de los enfermos desterrados de la realidad, la de los hipersensibles, la de los locos estigmatizados tanto por los que nos temen como por los morbosos que dicen amarnos. Esta es la historia de los diagnosticados y martirizados con medicamentos experimentales que no curan, porque el alma no puede repararse con benzodiacepinas, pero es eso o ponernos en una nave y arrojarnos al mar para que no los molestemos con nuestra percepción de esto que llamamos vida.

VALIUM

Claudia y yo corremos la una tras la otra cuando tenemos ansiedad, nos hablamos y contamos nuestros disparates o nos vamos a ver a nuestras pequeñas habitaciones en esta enorme ciudad. Nos contamos que nos da ansiedad. A mí me da miedo perder mi trabajo, el único sustento que tengo y la única herramienta para quedarme lejos de la casa de mis padres; a ella, perder a su perro.

La historia de Claudia y la mía son muy similares. Ella es de Guadalajara, por eso es hermosa; yo soy del estado de México, mi pueblo está cercano a una zona industrial, quizá por eso me gusta el post punk; jajaja, no lo sé.

Claudia creció rodeada de lujos, como yo, pero alejada de sus padres que trabajaban todos los días. El único pedazo de afecto que tuvimos fue de nuestras nanas o de nuestras abuelas.

Le temíamos al coco, como todos los niños, pero nuestro coco era humano, ya fuera que nos golpeará o nos metiera los dedos; así era ese maldito coco que hizo que desarrolláramos esta maldita ansiedad que nos persigue. A mí me hace cortarme y a Claudia beber hasta quedar inconsciente; pero ahora nos tenemos la una a la otra para que no ocurran más desgracias.

Tomamos nuestras pastillas y nos acostamos en la misma cama hasta quedarnos tranquilas; entonces una besa a la otra y le jura que no la abandonará. Dormimos.

ARIPIPRAZOL

La primera vez que salimos, Ramón y yo nos vimos en la librería El Péndulo, una de las más frescas de la ciudad. Nos sentamos a tomar un té. Aquella vez la música de fondo era The Cure, *Say hello on a day like today, Say it every time you move*, decía la canción, como si fuera un presagio de lo que ocurriría. Entonces, después de charlar sobre lo que había sido nuestra vida antes de conocernos, nos movimos a su departamento.

Ramón y yo estuvimos juntos, tuvimos sexo sin detenernos hasta las tres de la mañana. Queríamos saber si nos gustábamos en realidad o si solamente había sido un espejismo causado por la gran curiosidad que sentíamos el uno por el otro. Lo comprobamos, gozábamos mucho haciéndolo, yo lo movía a mi gusto.

Dormimos juntos, y al llegar el día tuve que regresar a mi departamento, o mejor dicho al departamento que compartía con otras cinco personas, para ducharme e irme al trabajo.

La adrenalina que sentía al imaginar lo que dirían mis padres por mi mala conducta hizo que olvidara tomar mi antidepresivo. Solamente pensaba en lo que había hecho: acostarme con casi un desconocido, no usar protección y drogarme con el clonazepam. Así comenzó mi historia con Ramón.

Poco después de esa noche, me mudé con él. Al cambiarme al departamento de Ramón muchas cosas en mi vida se

modificaron. Tuve que dejar de hablar con mis amantes ocasionales y quemé la libreta donde tenía sus nombres y teléfonos; del único que no me pude apartar fue de Orlando, que al principio dejó de hablarme algunos días por la decisión que había tomado. Mi buen amigo y yo compartíamos la misma compulsión sexual, llenábamos nuestros vacíos con cuerpos e historias, por ello se sentía traicionado.

De mis años de ninfómana puedo decir que los únicos hombres con los que disfruté hasta llegar al éxtasis fueron Ramón y Orlando. Ellos eran distintos: mientras Ramón lo hacía todo con cuidado, de manera cariñosa y se tomaba el tiempo para examinarme y tocarme toda, Orlando lo hacía con prisa y con fuerza, me cargaba con sus enormes brazos y me colocaba en todas las posiciones posibles; no me besaba, me lamía, me devoraba. Pero al final, en ambos casos terminábamos abrazados.

SOMNOLENCIA

Nuestra casa era un desastre: vivíamos entre la mierda del gato, las sobras de comida, botellas de alcohol y pastillas.

El apartamento constaba de dos habitaciones, un lugar para la sala y la pequeña cocina donde teníamos un refrigerador casi inservible y una parrilla para cocinar. Todo estaba sucio y viejo.

Así vivíamos. Al llegar a casa siempre me recibía el olor a orina del gato, combinado con el de la comida del día. No me importaba, mi bálsamo al llegar a casa era Ramón, quien me esperaba siempre con esa sonrisa y esos ojos de niño que no sabe qué hacer.

Otra cosa que nos hacía ser muy sucios es que nunca tuvimos la necesidad de cuidar de nuestra casa por nosotros mismos, ya que nanas y abuelas hacían todo, lo cual generó que no pudiéramos hacernos cargo de unas pequeñas habitaciones.

En estos días he estado pensando mucho en lo que tenemos, con lo que nacimos, la maldición de la genética y el azar; me he preguntado si él, yo y tú nos salvaremos algún día. Hay tantas cosas que me gustaría hacer con Ramón, pero sólo terminamos tirados en la cama viendo el techo después de tener relaciones. Estoy molesta y tengo mucha ira que solamente descargo bailando y cortando mi cuerpo.

CODEPENDENCIA

El cuerpo de Ramón es misterioso. A simple vista, cuando está desnudo, pareciera que está sano, todo está proporcionado y en equilibrio. Cuando se viste con sus andrajos, para los que miran a la normalidad como una regla estricta, parece todo lo contrario, enfermo, sus ojos luminosos pierden la calma. Camina de puntitas intentando no pisar las líneas del asfalto. Siempre tiene las uñas sucias y los rizos desarreglados. Es un desorden, somos un desorden.

Pero era divertido meternos en problemas porque no controla su fuerza ni su mirada. A veces parece que todo está tranquilo, y de repente nos encontrábamos en la patrulla dando explicaciones sobre nuestro comportamiento. Sabes, vivíamos en una de las zonas podridas de la ciudad. Los edificios donde habitaba la gente eran grises, sin árboles, lo único colorido eran unos arbustos y la vecindad. No hay tiendas grandes cerca, no hay nada para que la vista pueda descansar y decir “bueno, al menos tengo este espacio para sentarme y sentirme tranquilo”. Al principio, cuando iba de visita, no importaba nada, era una aventura caminar por las calles oscuras tentando al peligro y él, Ramón, tomándome de la cintura y llevándome a su apartamento. Así eran todas las noches desde que nos acostamos.

Cuando me quedé con él de manera definitiva, el lugar se volvió insoportable: rodeada de bodegas, para mí era extraño vivir en una zona así. Soy de campo, estoy acostumbrada a otras cosas, a una vitalidad distinta. No puedo quitarme de la cabeza lo gris del lugar, la vecindad siempre abierta, esa gente vigilándonos como si les debiéramos algo. Esos ojos observando cada uno de nuestros movimientos mientras fumaban marihuana. Yo caminaba en zigzag y él tomaba mi mano, mientras tarareábamos alguna canción al entrar a la casa.

Esa situación me llevó a darme cuenta de que no pertenecía a ese mundo, y mucho menos Ramón, quien no necesita trabajar para sobrevivir. Pero reíamos, Ramón y yo nos reíamos de todo eso. Hacíamos el amor cada noche y cada mañana como si fuera la última vez que nos íbamos a ver, así de desesperados, así de felices éramos en ese lugar lleno de penumbras. En fin, eso es algo de mi experiencia en ese sitio en la periferia, el pequeño limbo, como le llamo de manera cariñosa.

ABORTO Y DEPRESIÓN

Pero todo acabó, nuestro lugar cerca del cielo se derrumbó. Todo acabó cuando uno, dos, tres, cuatro, mil dedos fueron introducidos en mí por el orificio que me había dado tanto placer y felicidad, hasta que uno fue el ganador. “Por eso sangras”, me dijeron mientras le mostraban aquello que no se parecía en nada a un bebé. “Por eso sangras”, dijo el dios de bata blanca que hace unos minutos hablaba con amor a sus hijos. “Por eso sangras”, dijo mientras la veía retorcerse por un dolor que ni el ketorolaco minimizaba, y todo se volvió silencio en su cabeza.

Al llegar a casa, angustiados por el dolor y lo sangriento del evento, Ramón y yo nos recostamos, y estábamos muy calientes, teníamos la necesidad de coger, pero el legrado no lo permitía. Entonces se nos ocurrió hacerlo por el culo, y presto satisfacimos nuestro deseo de estar juntos de nuevo. Esa fue la última vez que estuvimos juntos; me mudé al día siguiente.

TRASTORNO DE IDENTIDAD DISOCIATIVO

In what costume shall the poor girl wear, To all tomorrow's parties. Me veo en el espejo pero no me reconozco, soy yo pero otra distinta, debo prepararme para irme al trabajo, pero no encuentro el disfraz que me acompañará hoy, con el que me sentiré cómoda. Soy multifacética y mi ropa lo demuestra: hay de todo en este armario, desde trajes que usaría una ultrarreligiosa hasta ropa que no deja nada a la imaginación; también está el atuendo de oficinista. ¿Cómo me disfrazaré hoy? ¿Qué personaje me tomará ahora? No lo sé, yo no escojo el *mood* ni tampoco el estilo que usaré diariamente.

DISOCIACIÓN

Después del aborto tuve que viajar a mi pueblo para ver a mis padres. Me sentía asfixiada en la ciudad. Mi padre pasó por mí, pero yo no estoy aquí, estoy en tus brazos, Ramón, caminando por los callejones de la ciudad maldita-bendita de México.

No estoy aquí. Mi padre maneja el auto hacia la casa, pero yo me resisto a sentirme en este auto que me lleva a ese pueblo olvidado por Dios, al que pertenezco.

No estoy aquí. Volteo a todos lados tratando de reconocer los rostros de mis acompañantes, solamente sé que son mis hermanos.

No quiero estar aquí. Quiero estar bailando contigo, quiero caminar contigo, pero tuve que regresar, la pandemia lo arruinó todo.

No estoy aquí. No estoy sentada en el auto, estoy caminando contigo de la mano, vamos a un bar *under* y nos introducimos en el baile, canta Siouxsie and the Banshees, *Arabian Knights*; es la canción que escucho mientras nos adentramos, nos adentramos en medio de la nada y... *I heard a rumor, What have you done to her?*

MELANCOLÍA

Ahora que vengo en el auto mirando ese viejo paisaje lleno de montañas que tengo que observar cuando regreso al pueblo, porque el sueño también escapa de mí, recuerdo cuando aún era muy pequeña, cuando iba a visitar la escuela donde trabajaba mamá.

Recuerdo que al terminar de pintarte los labios de ese color vino y ponerte perfume, venías a mí y con tus manos tibias ponías crema en mi rostro, y me cubrías con ese vestido lleno de flores moradas, peinabas mi cabello y al final besabas mi frente. Quizá es lo que más extraño, ese beso en la frente que al parecer ahora conservas para mi funeral o tal vez yo para el tuyo. Me cargabas hasta el baño para lavarme mis dientes, boleabas mis zapatos y revisabas que mis tobilleras estuvieran lindas para tus amigos.

Dime, madre: ¿un día pensaste que ese pedazo de carne se convirtiera en algo así? Salíamos de la casa, y esperábamos un camión que me llevaría a la ciudad que más felicidad nos dio. Ahí supe por qué siempre olías a limón. Llegábamos, me apresuraba a subir el puente, pero me detenías porque el cabello ya estaba despeinado, porque mis zapatos deberían llegar limpios; odiaba el olor de tu saliva cuando la usabas para limpiarme los ojos.

Tras el puente, teníamos que meternos al mercado, donde olía a cosas diferentes, a veces a carne, a veces a fruta, a flores, a vida. También existía la música, de un lado rock nacional, del otro cumbia y en otros más rock en inglés; ahí fue donde escuché *Creep* por primera vez y *Special needs*. Para salir de ese lugar teníamos que usar unas escaleras; lo hacíamos y caminábamos derecho a tu escuela. Allí teníamos que hacer la ceremonia, saludar a la gente adulta que me miraba curiosa, que me fastidiaba. ¿Te diste cuenta, madre, que desde ahí me gustó estar sola? Entrábamos a tu salón y me sentía mejor que en casa. Cuando te ibas por alguna razón, ellos jugaban conmigo. Recuerdo en especial a Eder, porque me cargaba y me hacía reír. También recuerdo los hermosos atardeceres y cómo desde tu escuela se veían los edificios enormes y en los vidrios de estos, la luz del sol reflejada. Cuando eso ocurría sabía que teníamos que regresar. Y después de nuevo a la soledad de una casa vacía llena de ecos, donde sólo se hablaba de lo que sería de adulta, mientras yo veía por la ventana a los niños que eran libres.

FOBIA

Cada vez que hablaba con Uriel me desconcertaba, su amor incondicional me hacía daño, su querer estar conmigo me hacía asquearme. Su físico era lo que más me incomodaba: era más bajito y gordito que yo, un hombre en el cual jamás me fijaría. Eso él lo sabía, pero le gustaba intentar hasta que yo respondía a sus mensajes con un “voy a dormir, hasta pronto”.

Simplemente no podía estar con él. Lo conocí en la carrera y nos llevamos bien, hasta que me declaró su amor. Entonces me horroricé y sentí lástima porque no podría hacerle caso alguno; su físico me molestaba, su mirada me causaba náuseas. No era un monstruo, pero era moralista. Los hombres así me hacen encabronar. Me molesta que quieran que todos nos portemos bien, obedezcamos las reglas y seamos como corderos; eso me recuerda a mis padres. Además, tenía otros defectos: odiaba la música, no podía escucharla porque sentía que su cuerpo se llenaba de escozor, algo que no podía evitar (al escuchar eso quedé más horrorizada de su persona); y la gran cicatriz en el lado izquierdo de su rostro, una cicatriz que lo hacía ver todavía más espantoso.

Uriel y yo volvimos a vernos por casualidad a la salida de una librería en Toluca cuando visitaba a mi familia. Me saludó con mucho gusto, nos pasamos nuestros números, porque yo

ingenuamente creí que me había dejado de querer, pero esa idea se esfumó al primer mensaje que me envió para volver a vernos. Yo no accedí. Volvió a escribir con el mismo candor de siempre, le conté mis problemas y lo del aborto para ver si se alejaba, pero me respondió que quizá necesitaba a alguien como él en mi vida. Sentí mucho asco y preferí dejarlo en visto, como casi siempre.

Pero algo nos unía, habíamos sido muy buenos amigos en tiempos de la universidad porque ambos éramos melancólicos, nacidos bajo el signo del infortunio. Nuestra vida había sido desgraciada por la pérdida de personas valiosas y queridas por nosotros. Quizá por eso cada que nos veíamos, a pesar de todos mis prejuicios, sentía afecto por él.

ANTIDEPRESIVOS

De vuelta a la ciudad, voy a comer un poco, es la hora del almuerzo y estoy sola con mis pensamientos y eso es peligroso, siempre es peligroso que me quede sola. Me siento a la mesa de la comida económica y pienso en las veces que terminaba sobre un escritorio penetrada tantas veces que olvidaba contar. También reflexiono sobre mis días antes de vivir con Ramón, todos los hombres que me visitaban, jóvenes y de mediana edad, unos atractivos *sugar daddies* que jamás hubiera pensado que conseguiría. En el pasado, cuando era una adolescente, era maltratada por mis compañeros. Jamás me hubiera imaginado que tendría una agenda para que sus citas sexuales no se cruzaran.

Recuerdo cómo comenzó todo. En el primer lugar al que llegué a rentar conocí a un chico. Yo no lo sabía todavía, pero atraería siempre a hombres así, con esas características. Manolo era hijo de una familia muy rica de Chiapas o eso decía su casera al referirse a él. No habíamos tenido oportunidad de hablar hasta que por un “accidente”, mi exnovio me había golpeado en el rostro y, por ello, no pude volver a casa dos fines de semana. Yo estaba sentada comiendo mi desayuno, cuando este apuesto chico de veintiséis años se me acercó.

—Eres linda —me dijo.

Yo titubeé, no creí que me hablara a mí, pero escuché la frase nuevamente cerca de mi oído.

—¿Te gustaría ir a mi cuarto a platicar?

Acepté. Él me tomó de la mano y me llevó a su cuarto. Hablamos un poco de su vida. Noté que había muchas cajas de medicamentos en la mesita que estaba cerca de la cama.

—¿Estás enfermo? —pregunté.

—Sí, de depresión. Desde que era niño las tomo. Son necesarias para mí.

Yo hice una expresión triste con los labios, pero me quedé hasta que vimos que era necesario estar solos de nuevo. Después de esa tarde, Manolo me buscaba de vez en cuando. Iba a su cuarto o me mandaba un mensaje para que yo fuera al suyo, nos acariciábamos, nos masturbábamos sobre la ropa y nada más. Manolo, te recordaré como el que inició todo, con quien pude darme cuenta de que hacer este tipo de cosas podía aliviar mi estrés. Manolo, el chico rico de Chiapas, el que, triste, jugaba videojuegos toda la noche y a veces se pasaba a su cuarto a dormir.

NINFOMANÍA

Pero, ¿y los demás? Los demás eran cuerpos, hermosos cuerpos, ninguno con importancia, porque ninguno me hizo sentir nada, ni llegar al orgasmo, solamente me quitaban la tensión y la ansiedad que tenía aquella noche, tarde o mañana, nada especial.

¿Cómo los escogía? Altos, delgados y de la misma edad que yo o más grandes, pero nunca menores. Los atrapaba en los parques, me sentaba al lado suyo y comenzaba a platicar sobre lo terrible que era ser nueva en la ciudad y también les decía que aunque no podía tomar alcohol me divertía haciendo otras cosas más interesantes. Ellos caían, y me los llevaba a mi pequeño cuarto, los desnudaba y los lamía hasta casi hacerlos venir, para luego sentarme sobre ellos, los encantaba y luego los sacaba del cuarto. No quería ningún lazo con ellos. A veces me quedaba con el número de quienes me habían hecho disfrutar, pero no era frecuente.

Todo esto me hacía olvidar la fragilidad de mi estado anímico y físico, mis cicatrices en los senos por la extracción de quistes, y demás porquería que mi cuerpo no podía expulsar por sí mismo. Eso me llevaba a pensar en lo efímera que era mi vida y en la poca belleza o el magnetismo que poseía y debía aprovechar. No fue hasta que me fui a vivir con Ramón que eso cambió; estando con él no necesitaba más.

MINDFULNESS

Un buen día vomité todo el desayuno. Yo sabía lo que significaba eso: un embarazo. Pronto me vi comprando y haciendo té de ruda u orégano para abortar, pero no ocurría nada.

Ramón estaba todo el día molesto y yo le decía: “Pues qué esperabas, si lo hacíamos a diario y sin protección”.

Pronto se tomó la terrible decisión de ir a una clínica donde se efectuaban abortos, así que me haría uno en contra de mi voluntad, pero segura de que sería lo mejor y...

Heme aquí.

Le conté a Julia, mi terapeuta por dos años. Julia era buena conmigo, muy paciente y benevolente.

Pero en una tarde de sesión se dio cuenta de que no podía ayudarme y me transfirió con una de sus colegas.

OLANZAPINA

*Es duro el trabajo de la pesadilla,
es duro
arrastrar de día el carro de las marionetas,
de noche;
y ser una de ellas mañana, cuando abran los ojos
para no ver que la bailarina de cuerda danzando entre ellas
mueve ella misma el resorte.
Le bon Pasteur, LEOPOLDO MARÍA PANERO*

Guardo este poema de Panero para recordarme lo que me ocurre a diario, día tras día. Como un Sísifo que no termina su tormento, heme aquí repasando las horas turbias y las horas felices que me ha dado esta enfermedad que me carcome diariamente, que me imposibilita y al mismo tiempo me habilita para sentir la realidad de manera distinta, pero similar a los que son iguales a mí.

TERAPIA DIALÉCTICA CONDUCTUAL

He acabado con mi vida en el diván de un analista, he acabado con mis sueños de libertad. Cantan Las Ánimas Puerta negra mientras yo me dirijo hacia la casa de mi terapeuta y pienso mientras voy en camino que este me lleva a otro recuerdo. Por aquí, por donde vive mi analista, también rentaba Orlando. Todavía puedo verlo esperándome en la salida del metro C.U. aquel día que lo hicimos por primera vez. Orlando es mucho más joven que Ramón.

Vuelvo de nuevo la atención al metro y pienso en mi terapeuta. Ella me escogió a mí, me traspasaron con ella cuando la psicóloga con la que estaba me dijo que ya no podía hacer nada por mí. No sirvieron las estrategias que me enseñó, porque una noche me corté mientras veía danzar a dos yo frente a mí, pero al menos me quitó lo tartamuda; eso se lo agradeceré siempre.

Me han sacado de mis grutas para anclarme en el sistema pero aún tengo fragmentos de identidad.

Bajo del metro y me dirijo a la casa de mi nueva terapeuta. No la conozco, pero dicen que es buena.

LOCURA

Soy víctima de un dios...frágil, temperamental; como no logró matarme me regaló una visión particular.

Una canción, una visión, un canto para nosotros los que sabemos lo difícil que es estar en la realidad; un pestañeo y estamos en otra, pero en ese frágil segundo, antes de que la tempestad venga a nosotros y nos ahogue con sus aguas turbias, podemos detenerlo todo.

La palabra locura es atterradoramente rica; es un concepto con más peso que la de enfermo mental. La palabra enfermedad lo baña todo con su olor a muerte, a pastillas, a ungüentos. En cambio, la locura tiene algo de luz dentro de toda esa oscuridad, se muestra aunque algunos se afanen en ocultarla y encadenarla no sólo literalmente.

La locura es incurable y caleidoscópica en sus síntomas y manifestaciones, una danza de butoh milenaria, una obra teatral de la humanidad, temida y admirada. La locura fue, es y será un espejo.

INSOMNIO

*¿Viviré mañana? No lo sé decir, pero no me iré de aquí sin resistencia,
esta recámara es mi núcleo, pensar bajo las cobijas es mi fuga.*

CARLOS FUENTES LEMUS

Son las cuatro de la mañana y no puedo dormir. No tomé mis medicamentos, no tenía ganas de drogarme hoy; mañana tendré síndrome de abstinencia, me dolerá la cabeza y no podré trabajar. Lo más probable es que me disocie, que sienta que todo es una película y que no recuerde ni siquiera dónde estoy y quién soy. Resistiré por mis propios medios esta vida que me tocó. Tengo que hacerlo, tengo que dejar los medicamentos psiquiátricos, poder dormir y no solamente dar vueltas en la cama. ¿Será posible que me libere de esas drogas? No tengo sueño, miro las luces de la ciudad y pienso en todos los que duermen plácidamente o que tienen una vida “normal”, que no necesitan una pastilla que los haga ser autosuficientes o, en mejores palabras, funcionales.

ANSIEDAD

Me muerdo las uñas, es de mañana y no pude dormir, estoy al borde del colapso, quisiera morir, no puedo ni siquiera leer un mensaje o enviarlo, me encuentro en el limbo donde nada ocurre. Pero no tomaré el medicamento. Mamá estaría muy enojada si me viera en esta situación; ella me diría “toma el medicamento, te lo recetaron por tu bien”. ¿Cuál bien? Solamente me mantiene dopada y termina con mi libido.

Ahora sólo puedo escuchar en mi cabeza la voz de mamá regañándome porque no me tomo el medicamento, porque no me baño o arreglo el cabello. Para mamá eso es prioridad, no si me siento bien o si tengo ganas de vivir.

Sé que estoy a punto de caer en una crisis, puedo sentirlo en mis huesos, estoy perdiendo el sentido de las cosas, estoy disociándome, es decir, de nuevo no reconozco dónde estoy, y el espejo donde me miro no ayuda a que regrese.

¡No tomaré los medicamentos!

ESTRÉS POSTRAUMÁTICO

Las imágenes de aquellos que resisten la terrible carga de su existencia se trasfiguran y se mezclan con memorias propias.

Nombres de poetas, artistas, músicos resuenan en mi mente. De los últimos mencionados, algunas melodías tristes retratan el hondo pesar que llevan consigo. Voces que cantan desde el desgarró, Jeff Buckley, Mark Linkous, Elliott Smith. Aparecen las imágenes: Buckley entrando al Río Wolf mientras canta *Whole Lotta Love*; Linkous apuntando a su corazón con una escopeta; y Elliott en una ensordecedora escena, clavándose un cuchillo de cocina en el mismo lugar que Linkous, mientras su novia se encuentra en una habitación contigua. *There's the moon asking to stay / long enough for the clouds to fly me away / well it's my time coming, i'm not afraid to die*, asevera el cantautor de *Grace*.

Apreciar el canto de estos artistas, entender sus angustias manifestadas en la obra que dejaron, es una labor que sin duda debe contener un grado de sensibilidad alta para comprender con claridad cada palabra, sonido, color y tono que emane de la mente de estos humanos, cuya razón de ser y continuar se encuentra apoyada, en muchas ocasiones, en los efectos que produce la generación de obras artísticas, que sirven de catarsis para sus tormentos, así como son catalizadores de la intensidad de sus emociones.

ANSIOLÍTICOS

Afectados por la bilis negra y quizá por la influencia de Saturno, “la imaginación inquieta y débil, en ellos anula el esfuerzo de la razón”, quienes padecen alguna enfermedad o personalidad de esta naturaleza transfiguran y deforman todo, como lo haría un miope cuando intenta enfocar algún objeto del que solamente puede percibir siluetas engañosas. No hay lugar seguro para nosotros, ni siquiera en el amor. En algunas ocasiones, este causa sufrimientos profundos o alteraciones peligrosas para quienes padecen melancolía. “Que el amor no admite cuerdas reflexiones”, nos recita Rubén Darío al oído, mientras se permanece inmóvil mirando al ser querido: “Señora, Amor es violento / y cuando nos transfigura / nos enciende el pensamiento”, dice mientras resolvemos que no hay escapatoria ni recinto de salvación para los melancólicos de razón nublada.

ANTIPSIKÓTICOS

A propósito de los recuerdos y del trastorno que se posea, en algunos sujetos que tenemos Trastorno Límite de Personalidad (TLP) pueden presentarse como si fuera posible tocarlos, es decir, como si un día por la mañana se camina por un sendero y algún elemento del lugar llevara a ese momento donde se espera el tren para trasladarse a Berlín. Se siente entonces la misma emoción que en ese instante o, dependiendo de la memoria, la misma tristeza y ansiedad atroz de cuando el amado tan amado dijo que llegaría cinco minutos después de las tres horas que ya se había estado esperando. Aparece el brote y, como lo explica Owen Milgrim (Jonah Hill), en la serie *Maniac*, la paranoia y el enojo guardado se hacen presentes en gritos y arrebatos, el sujeto es tomado por su inconsciente durante el brote psicótico; pero previamente a ello, antes de que se pierda el control, existe un parpadeo, algo que indica que se está a punto de desaparecer. En el caso de Owen, son las palomitas de maíz; pero para cada uno, la locura, así como la muerte, parafraseando a Cesare Pavese, tienen una mirada.

SÍNDROME DE ABSTINENCIA

No estoy aquí, estoy en casa de Ramón, estoy caminando por el puente peatonal que me lleva a su casa. Solamente puedo pensar en eso mientras me encuentro sentada frente a la computadora de mi trabajo, donde además de escribir soportes fiscales, escribo mis novelas que jamás serán leídas y mis ensayos sobre la melancolía y la locura que escandalizan a quienes los leen, menos a quienes poseen estas dos características.

Estoy sentada frente a la computadora tecleando lo que debería ser mi trabajo, esperando la llamada de mi jefe, quien me reprenderá de nuevo por mis distracciones. No sé si esta vez soportaré alguno de sus gritos, no importa. Ya no importa nada, solamente quitarme este dolor de cabeza y esta sensación de vacío que siempre me acompaña.

No he sabido nada de Claudia desde hace una semana, espero que esté bien. Le llamaré en cuanto llegue a casa.

LOZAM

Claudia murió ayer, se arrojó del edificio donde vivía. Hoy la fuimos a enterrar en un panteón de la Ciudad de México, su amada-odiada ciudad. Solamente estábamos su madre y yo. La foto que pusieron en el obituario para recordarla fue una de su niñez. No entiendo por qué quisieron borrar todo vestigio de la Claudia de ahora, es como si les diera vergüenza tener una hija o haber tenido una hija como ella.

Claudia siempre me lo decía: “Ellos no me quieren, les doy pena, me aborrecen porque represento todo lo malo que hay en esa familia”. Y es cierto, los locos, los enfermos mentales, lo estamos porque algo nos ocurrió dentro de ese núcleo y somos un espejo de ese dolor causado.

Antes de su muerte hubo muchos avisos que yo no escuché. Ayer creí que estaba triste como casi siempre. Solamente intercambiamos algunas palabras por teléfono. Me dijo: “Estoy harta de tanta mierda, de tanto dolor, ya no puedo con esto”. A lo que yo contesté indiferente: “Podemos soportar un poco más”; pero no fue así, Claudia ya no podía soportar más, y yo no lo noté. Me culpo de su muerte.

Ahora me toca a mí sola sobrevivirle. Hoy es viernes, otro viernes en casa, pero distinto porque Claudia ya no estará para acompañarme a la distancia. Quisiera ahogarme en alcohol

ahora, pero no puedo, mi cuerpo doblemente enfermo no me lo permite. Quisiera salir a bailar, pero tampoco puedo, no tengo las ganas ni el semblante. Veo mi cuarto, y recuerdo la habitación de Claudia. Pienso que Alejandra Sequeira tiene razón cuando dice en su poema *Los cuerpos* que “la habitación de una suicida es como cualquier otra, aunque pretendamos pensar siempre lo contrario”.

Prepararé mi medicina para dormir: el lozam... para dormir. 1, 10, 11, 12, 13, 14... 20... 26... 30... 31... 40.

Mi pulso se vuelve más débil y yo solamente pienso en dormir, en mi madre, en mi padre y mis hermanos, y en Claudia sonriéndome y besándome con sus labios suaves.

EPÍLOGO

Mamá me mira y llora. Yo tengo, otra vez, un tubo que drena mi estómago. ¿Cómo llegué aquí? El hospital no se ve distinto de la última vez que vine. Siempre me atienden doctores jóvenes, creo que están haciendo sus prácticas conmigo. La nariz y la garganta me duelen por el tubo que baja hasta mis entrañas. Debo dejar de hacer esto o terminaré por causarme un mal mayor, pero no el mal mayor que quisiera. Mis ojos me arden por todas las lágrimas que derramé ayer.

Tengo sueño, el lozam sigue haciendo efectos en mi cuerpo. “Cierro los ojos y el mundo muere”.

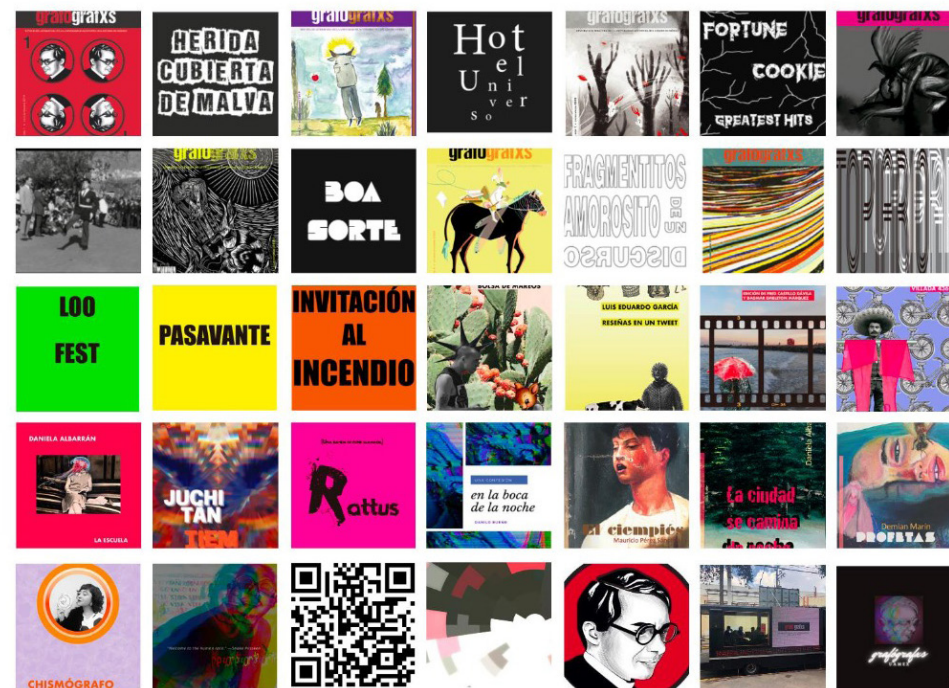
Índice

Quetiapina	9	Aborto y depresión	69
Loquero	13	Trastorno de identidad disociativo	73
Paroxetina	17	Disociación	77
Clonazepam	21	Melancolía	81
Sertralina	25	Fobia	85
Fray Bernardino Álvarez	29	Antidepresivos	89
Personalidad Cluster B	33	Ninfomanía	93
Trastorno Obsesivo Compulsivo	37	<i>Mindfulness</i>	97
Litio	41	Olanzapina	101
Maniaco depresivo	45	Terapia dialéctica conductual	105
<i>Borderline</i>	49	Locura	109
Valium	53	Insomnio	113
Aripiprazol	57	Ansiedad	117
Somnolencia	61	Estrés postraumático	121
Codependencia	65	Ansiolíticos	125
		Antipsicóticos	129
		Síndrome de abstinencia	133
		Lozam	137
		Epílogo	141

Parte esencial del proyecto editorial de la revista *Grafógrafxs* es el lanzamiento de lxs escritorxs surgidxs de sus talleres de narrativa y poesía. De ahí la necesidad de acompañar en forma de libro electrónico el trabajo que durante las sesiones de dichos talleres ha sido compartido, discutido y editado. Cada sábado, a través de internet, se reúne una comunidad universitaria nutrida, compuesta por estudiantes, profesionistas y profesores con los perfiles más diversos, lo que refrenda el punto de partida de *Grafógrafxs*: sustentar una comunidad universitaria plural, libre y activa, que, junto con sus estudios regulares o actividades laborales, mantenga el fervor por la literatura, y más aún, que encuentre las herramientas para entender la lectura y escritura como una vía compartida, y pueda así escribir su propia historia y haga valer su voz.

El nombre de las colecciones **Pasavante** e **Invitación al Incendio** hace referencia a dos antologías en formato electrónico de los talleres de poesía y narrativa, ediciones especiales de la revista que aparecieron a principios del 2020 y unificaron la visión entre los autores y los coordinadores de los talleres de dar paso a ediciones individuales, consolidando su mérito y talento en un libro, especialmente en estos momentos adversos en los que la continuidad nos obliga a sumar empeños en el plano virtual. También, con las colecciones **Pasavante**, de poesía, e **Invitación al Incendio**, de narrativa, se convida a participar a los escritores y traductores allegados al proyecto de *Grafógrafxs*, cuyos libros atrayentes y de una estética singular redundarán en la configuración de un catálogo que escolte y acreciente el arsenal de nuestrxs lectorxs. Porque la literatura es una reflexión del mundo lúdica y cruel, exagerada y simple, descalza y bocanada de ostracismo, absurda y posesa, trance y veladura, explicación y vuelo sumergido, ciudad real y hangar de duermevela, cíclope y tumulto, fin del camino e ignición, de nuevo queremos decir que *Grafógrafxs* es el espacio para imaginarnos, leernos, nombrarnos, reconocernos y escribirnos.

Sergio Ernesto Ríos



TODO GRAFÓGRAFXS
grafografxs.uaemex.mx

Síguenos

-  Grafógrafxs UAEMex
-  @grafografxsuaem
-  Grafógrafxs UAEMex

Contacto

-  grafografxs@uaemex.mx

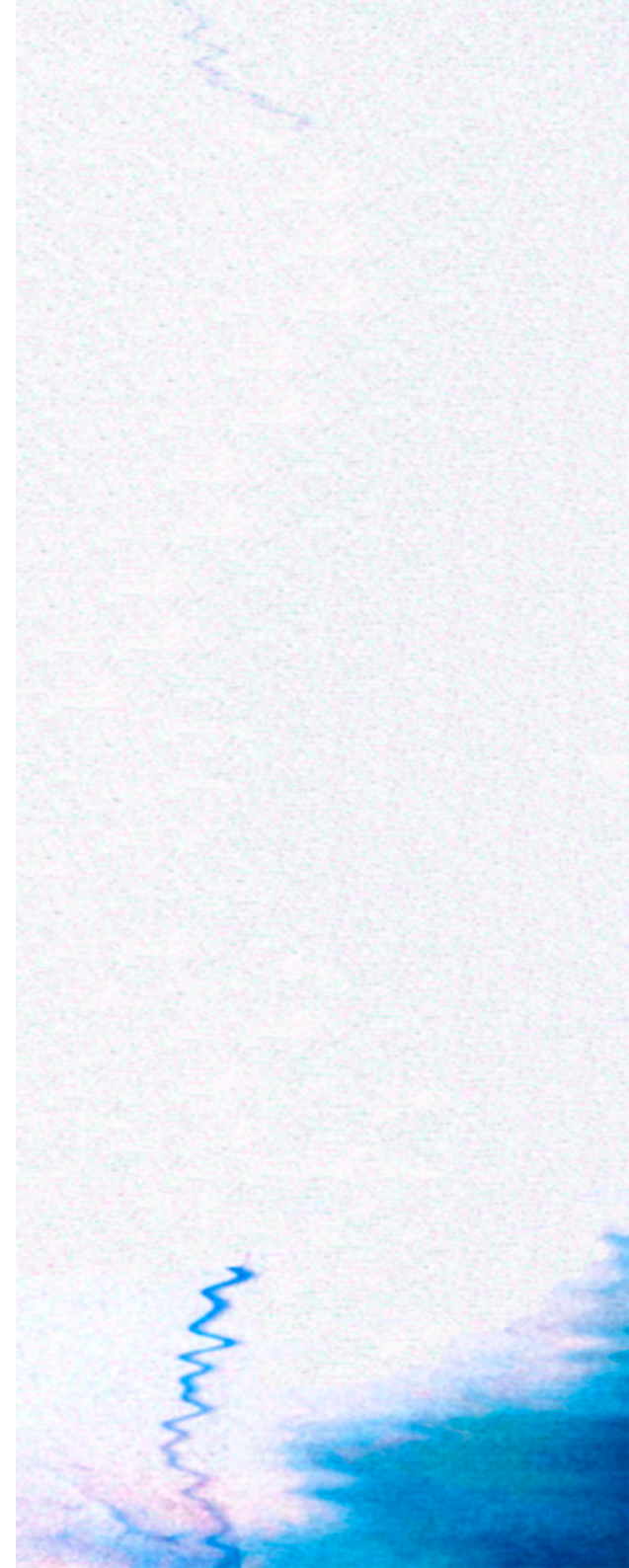
Cluster B, de Silvia Yulmaneli Moreno León, es una publicación especial (colección Invitación al Incendio de narrativa) de *Grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2020.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 3, núm. 2, de *Grafógrafxs*, abril-junio de 2021.



La palabra locura es aterradoramente rica; es un concepto con más peso que la de enfermo mental. La palabra enfermedad lo baña todo con su olor a muerte, a pastillas, a ungüentos. En cambio, la locura tiene algo de luz dentro de toda esa oscuridad, se muestra aunque algunos se afanen en ocultarla y encadenarla no sólo literalmente.

INVITACIÓN AL INCENDIO / NARRATIVA